



Centro de Reflexión y Planificación Educativa



Plan de Formación Integral

**EXPERIENCIA ESPIRITUAL:
VOCACIÓN DE EDUCADORES**

Colegios ACSI - Tercer Año

Septiembre 2011

INICIO DEL AÑO ESCOLAR EXPERIENCIA ESPIRITUAL: VOCACIÓN DE EDUCADORES

TÍTULO: MI VOCACIÓN DE EDUCADOR

OBJETIVO: Redescubrir lo que impulsa y da vida a la propia vocación de educador.

TIEMPO: 1 día (6 horas)

PLAN DEL RETIRO ESPIRITUAL

I.- PRESENTACIÓN

(Nota: Estos párrafos pueden servir para la introducción o ambientación al comienzo del Retiro)

Bienvenido (a) a este Retiro Espiritual. Una experiencia de Dios en la que utilizaremos la metodología de San Ignacio para vivir una experiencia de fe que renueve y profundice nuestro encuentro personal con el Dios de Jesús.

Cuando hablamos de Retiro al estilo ignaciano, estamos hablando de hacer lugar para que acontezca en cada uno la acción poderosa y sanadora de Dios. Porque Dios en persona es quien se hace presente en este encuentro, como lo afirma el Apocalipsis: *“Mira, yo estoy llamando a la puerta; si alguien oye mi voz y abre la puerta, entraré en su casa y cenaremos juntos”* (3,20).

Lo más importante de este Retiro no es ilustrar nuestros conocimientos sobre la fe ni sobre algún tema en particular, sino, encontrarnos directamente con Dios y con lo más profundo de nosotros mismos, *«porque no el mucho saber harta y satisface, sino el sentir y gustar internamente»* [EE n° 2]. Por eso, este Retiro Espiritual es:

- un tiempo del corazón más que de racionalizaciones;
- un tiempo de generosidad y no de reservas;
- un tiempo para encontrarnos con Dios y dejarnos encontrar por Él;
- un tiempo para seguir educando nuestra mente y corazón y poder integrar mejor fe y vida;
- un tiempo de sanación de la propia vida por medio del diálogo libre con Dios;
- un tiempo para profundizar nuestra amistad con Jesús;
- un tiempo para valorar más la propia vida, la familia, el trabajo, la comunidad y la gente donde vivo;
- un tiempo para profundizar nuestra alianza con la creación, con la naturaleza, con el mundo;
- un tiempo para sentir que Jesús nos dice en su Evangelio: *“Yo estoy con ustedes cada día hasta el fin del inundo”* (Mateo 28, 20).

A la luz de la sentida presencia de Jesús, nos proponemos revisar, detectar, concientizar, soñar y gustar lo que en nuestro camino de educadores nos ayuda a disponernos como amigos y amigas de Jesús, como educadores. En esta dirección, lo que mejor expresa nuestra búsqueda son las palabras del Salmo que dice: *«Oh Dios, tú eres mi Dios, a ti te busco, mi alma tiene sed de ti como tierra seca, sedienta, sin agua. Por eso vine a verte en el santuario para dejarme alcanzar por tu bendición. Tú, Señor, eres la vida»* [Cf. Salmo 63 (62)]

II.- MATERIALES PARA EL RETIRO ESPIRITUAL

Para este Retiro contamos con tres materiales:

- 1) El texto titulado: “*Vocación de Educadores*”. Es el **TEXTO BASE** que sirve de *Contenido* o *Materia* del Retiro Espiritual.
- 2) Una hoja titulada: “*Ayudas para la Oración Personal en el Retiro*”. Es una **PAUTA** para seguir los momentos de la Oración Ignaciana. Se utiliza en todas las oraciones que se desarrollen a lo largo del Retiro espiritual.
- 3) Una Oración titulada: “*Sean Buenos Educadores*”. Es una **HOJA DE APOYO** que puede ser utilizada como **una Oración en particular** o como **Coloquio para cerrar cada Oración**.

III.- DISTRIBUCIÓN DEL RETIRO (*Sugerencia*)

8:30 am	Bienvenida. Introducción al Retiro Espiritual.
8:45 am	<p>1ª Oración: [<i>Ejercitando la Oración</i>]: Comenzar con una primera práctica de Oración utilizando algún Salmo, por ejemplo el Salmo 23 u otro.</p> <ul style="list-style-type: none"> • A cada participante se le explica los momentos de la oración ignaciana utilizando la hoja: “<i>Ayudas para la Oración Personal en el Retiro</i>” • Después de la explicación y motivación, cada participante se retira a realizar su primera Oración.
9:30 am	Intercambio: Compartir lo vivido en la Oración siguiendo los momentos de la Oración Ignaciana.
10:00 am	<p>2ª Oración: [<i>Reflexión</i>]: Lectura Orante del texto “<i>Vocación de Educadores</i>”</p> <ul style="list-style-type: none"> • A cada participante se le entrega el texto <i>Vocación de Educadores</i>. • Después de la introducción, cada participante realiza su Lectura Orante. • Recordar lo provechoso que resulta seguir los momentos de la Oración Ignaciana. El texto se comienza a leer en el momento que se llama MATERIA.
11:30 am	Intercambio: Compartir lo que más destacó en la Oración.
12:00 md	ALMUERZO
1:30 pm	<p>3ª Oración: [<i>Contemplación</i>]: Retomando lo más central del texto “<i>Vocación de Educadores</i>”</p> <ul style="list-style-type: none"> • Se explica en que consiste la contemplación ignaciana. La Contemplación es un modo muy sencillo de orar. Se trata de dejarnos guiar por la fuerza de Dios. Con símbolos, sentimientos y palabras, establecemos una comunicación de forma más sentida con nosotros mismos, con los demás, con las cosas y con Dios. La Contemplación busca que la SENSIBILIDAD del orante vaya pareciéndose a la de Jesús. No basta que nuestros ideales y valores coincidan con los de Jesús, ni que vivamos momentos de fervor y entusiasmo en nuestra vida de orantes. Hace falta que toda nuestra persona se humanice al modo de la humanidad de Jesús, adquiriendo una capacidad de percibir, de interpretar y de disponerme en la vida de modo cualitativo. Y esto sólo se logra con una mirada que pueda ver el paso de Dios, con un oído atento a la voz de la gente y la de Dios, con un olfato que sabe percibir rumbos, con un gusto que sabe encontrar el toque especial de la vida y con un tacto que sostiene y acaricia con audacia y ternura la vida. En la Contemplación el orante se HACE PRESENTE en lo que está rememorando. • Se recuerda la importancia de seguir los momentos de la Oración Ignaciana. En el momento que lleva por nombre MATERIA, se trabaja lo que más ha tenido resonancia del texto reflexionado (<i>Vocación de Educadores</i>).
2:30 pm	<p>4ª Oración: [<i>Meditación</i>]: Con el material “<i>Sean Buenos Educadores</i>”</p> <ul style="list-style-type: none"> - A cada participante se le entrega la hoja <i>Sean Buenos Educadores</i> - Después de introducir la Oración, cada participante realiza su Meditación. - Recordar lo provechoso que resulta seguir los momentos de la Oración Ignaciana. La hoja <i>Sean Buenos Educadores</i> se trabaja en el momento que se llama MATERIA.
3:30 pm	EUCARISTÍA
4:30 pm	Despedida

VOCACIÓN DE EDUCADORES¹

Nos dieron la vida, pero no nos dieron la vida hecha. Los seres humanos somos los únicos que podemos labrar nuestro futuro, que podemos inventarnos a nosotros mismos y podemos inventar el mundo. La educación tiene sentido porque los seres humanos somos proyectos y podemos tener proyectos para el mundo. El futuro no es sólo porvenir, es también por-hacer. Somos lo que somos y también lo que podemos llegar a ser. Somos vocación de lo que todavía no somos. Somos promesa, semilla, proyecto...²

La educación está adquiriendo una importancia cada vez mayor en todo el mundo, pues se la considera el elemento clave para abatir la pobreza, aumentar la productividad y formar personas autónomas y ciudadanos honestos y responsables. La educación puede formar personas egoístas o solidarias, convertir a los alumnos en personas de bien o no, enseñar a ver a los otros como rivales y enemigos, o como compañeros y hermanos. De ahí, lo delicado de ser educador. La nobleza de la educación consiste en que puede llegar a ser una misión humanizadora, el medio privilegiado para que cada persona se plantee y alcance una vida en plenitud.

En la actual sociedad del conocimiento y en este siglo del saber, la carrera económica, cultural y geopolítica pasa a ser una carrera entre sistemas educativos. La fortaleza de un país radica en el grado de educación de sus habitantes. La educación es la suprema contribución al futuro del mundo actual, puesto que tiene que contribuir a prevenir la violencia, la intolerancia, la pobreza, el egoísmo y la ignorancia. Una población bien educada e informada es crucial si se quiere tener democracias prósperas y comunidades fuertes. La educación es el pasaporte a un mañana mejor.

Si realmente estamos convencidos de que la educación es el pasaporte al mañana, la condición de cultura, libertad, dignidad, clave de la democracia política, del crecimiento económico y de la equidad social, debería ocupar el primer lugar entre las preocupaciones públicas y entre los esfuerzos nacionales. Si es un derecho, es también un deber de todos. De ahí la necesidad de asumir la educación como tarea de todos, como proyecto nacional, objeto de consensos sociales, amplios y duraderos. El Estado, en alianza con el empresariado y la participación de toda la sociedad, debería liderar la puesta en marcha de un verdadero proyecto educativo, en coherencia con el proyecto de país que queremos, capaz de movilizar las energías creadoras y el entusiasmo de todos los venezolanos.

Para asumir el protagonismo que les corresponde, los educadores deben transformar profundamente el rol que desempeñan. Ya no pueden percibirse como meros dadores de clases o como cuidadores de niños y de jóvenes mientras sus padres trabajan, sino como educadores socialmente comprometidos con el país, que convierten las aulas y centros educativos en lugares de trabajo, participación, formación y producción. Necesitamos educadores sólidamente formados, que entiendan que su misión primordial es estimular el aprendizaje y formación de sus alumnos, de todos sus alumnos, y que el fracaso de sus alumnos implica su propio fracaso.

¹ Recopilación de textos de Antonio Pérez Esclarín y Luis Ugalde S.J., adaptados para el Retiro Espiritual del personal de los colegios de ACSI. Septiembre 2011.

² Pérez Esclarín, Antonio. (2005). *Formar corazones para la libertad y la justicia*. VI Encuentro de Educadores Populares, Valencia 29, 30 de Abril de 2005.

Necesitamos, en definitiva, EDUCADORES. Tenemos muchos licenciados, profesores y hasta magisters, pero escasean cada vez más los educadores: hombres y mujeres que encarnen estilos de vida, ideales, modos de realización humana. Personas orgullosas y felices de ser educadoras, que asumen su profesión como una tarea humanizadora, vivificante, como un proceso de desinstalación y de ruptura con las prácticas rutinarias. Que buscan la formación continua ya no para acaparar títulos, credenciales y diplomas, sino para servir mejor a los alumnos, capaces, por ello, de liberarse de la seducción de los papeles y de la enfermedad de la *titulitis*.

Educadores que ayudan a buscar conocimientos sin imponerlos, que guían las mentes sin moldearlas, que facilitan una relación progresiva con la verdad y viven su tarea como una aventura humanizadora en colaboración con otros. Educadores comprometidos con revitalizar la sociedad, empeñados en superar mediante la educación la actual crisis de civilización y la crisis de país que estamos sufriendo, capaces de reflexionar y de aprender permanentemente de su hacer pedagógico, y que se responsabilizan por los resultados de su trabajo. Educadores preparados y dispuestos para liderar los cambios necesarios, que se esfuerzan cada día por ser mejores, y por mejorar la educación y la sociedad.

Educadores que se conciben como forjadores de humanidad, no ya de una materia, sino de un proyecto, de unos valores, de una forma de ser y de sentir. Ser educador, es algo más complejo, sublime e importante que va más allá de enseñar matemáticas, biología, lectoescritura, electricidad o inglés. Educar es alumbrar personas autónomas, libres y solidarias, dar la mano, ofrecer los propios ojos para que otros puedan mirar la realidad sin miedo. **El quehacer del educador es misión y no simplemente profesión. Implica no sólo dedicar horas, sino dedicar alma. Exige no sólo ocupación, sino vocación. El educador está dispuesto no sólo a dar tiempo, sino a darse a sí mismo.**

“Usted formó mi corazón para la libertad, para la justicia, para lo grande, para lo hermoso” (Simón Bolívar, refiriéndose a Simón Rodríguez). **Formar personas para la libertad y para la justicia expresan también la grandeza y hermosura de la vocación de maestro, educador.**

Educar viene de la palabra latina **educere**, que significa **sacar de adentro**. Es educador quien no ve en cada alumno la piedra tosca y desigual que vemos los demás, sino la obra de arte que se encuentra adentro, y entiende su misión como el que ayuda a limar las asperezas, a curar las magulladuras, el que contribuye a que aflore el ser maravilloso que todos llevamos en potencia. ¡Cómo cambia la relación educativa si cada mañana el educador se dirige a un salón de clases convencido de que allí le están esperando 30, 35, 40 obras de arte, verdaderos tesoros, todos distintos, pero todos igualmente maravillosos!

Cuentan que una vez entró un niño en el taller de un escritor. Y con la curiosidad de todos los niños, estuvo por un largo rato disfrutando de todas las cosas maravillosas que había en ese taller: martillos, formones, troncos de madera, bocetos, esculturas a medio hacer, otras ya listas... Pero lo que más le impresionó a ese niño fue ver una enorme piedra en el centro del taller. Era una piedra tosca, desigual. Todavía tenía los fogonazos de las cargas de dinamita con que la habían arrancado en la montaña, y tenía también las magulladuras de las cadenas de la gandola que la había traído desde la lejana sierra hasta el centro del taller. El niño estuvo acariciando la piedra largo rato con sus ojos y se fue. Volvió el niño a los pocos meses y vio que, en lugar de esa piedrota que él tanto había admirado, se erguía un hermosísimo caballo que parecía querer liberarse de la fijeza de la estatua y ponerse a galopar por la sabana. Entonces el niño se dirigió al escultor y le preguntó: ¿Y cómo sabías tú que, dentro de esa piedra, se escondía ese caballo?

La educación implica una tarea de liberación y de responsabilización. El educador tiene una irrenunciable misión de partero de la personalidad y del espíritu. Es alguien que entiende y asume la trascendencia de su misión, consciente de que no se agota con impartir conocimientos o propiciar el desarrollo de habilidades y destrezas, sino que se dirige a formar personas, a enseñar a vivir con autenticidad, con sentido y con proyecto, con valores definidos, con realidades, incógnitas y esperanzas.

La vocación docente reclama, por consiguiente, algo más importante que títulos, diplomas, conocimientos y técnicas. Formar personas sólo es posible desde la libertad ofrendada y desde el amor que crea seguridad y abre al futuro. Cuando un maestro vive su diaria tarea no como un saber, que le crea un poder, o como una función que tiene que cumplir, sino como una capacidad que le obliga a un servicio, está no sólo ayudando a adquirir determinados conocimientos y destrezas, sino que está dando sentido a su misión, está educando, está ayudando a ser.

Los títulos en educación, en vez de encumbrarnos, deberían ser peldaños hacia abajo, deberían posibilitarnos el descenso hasta ponernos al nivel de los alumnos más débiles y golpeados para poder ayudarles a levantarse. El educador debe estar dispuesto no sólo a dar tiempo, dar clases, sino, a darse él mismo. La educación no puede ser meramente un medio de ganarse la vida, sino que tiene que ser un medio de ganar a la vida a los demás, de provocar ganas de vivir con sentido y con proyecto, defendiendo la vida, combatiendo todo lo que amenaza, cercena e impide la vida. Los padres dan la vida, padres y maestros damos el sentido a la vida, ayudamos a nacer el hombre y la mujer posibles que está en la semilla de cada uno. Si hoy, cuando se habla de calidad, se insiste en los indicadores de eficacia y eficiencia, yo prefiero hablar del indicador de fecundidad, que expresa gestación de vida.

Ser libres es lo que nos hace humanos. Elegimos lo que queremos ser. La libertad es nuestra grandeza, pero también nuestro riesgo. Podemos elegir vivir ahogando la vida, asfixiándola, haciendo sufrir a otros, o vivir defendiendo la vida, dando felicidad, alimentando corazones. Podemos vivir suscitando cariño o amor, o vivir suscitando miedo, odio. Podemos contribuir a que el mundo sea mejor o podemos empeorarlo. De ti depende lo que dicen o dirán de ti, cómo vas a ser recordado. Tú puedes ser ese amigo, esa vecina, ese hijo, esa madre, ese maestro, esa profesora que desearías haber tenido.

La vida es el don más maravilloso, basamento de todos los demás, que nos fue dado graciosamente, como el más sublime de los regalos. Nadie de nosotros pudimos elegir nacer o no nacer, ni tuvimos la posibilidad de escoger nuestra forma física, nuestro tamaño, el color de nuestros ojos, la textura de nuestra piel, los grados de nuestra inteligencia. Tampoco pudimos seleccionar a nuestros padres, ni el país donde íbamos a nacer, ni el tiempo o el contexto histórico. Nacimos en una determinada matriz cultural, que marca lo que somos y hacemos, lo que pensamos y creemos. Somos hijos de una familia concreta y de un país que debemos conocer, respetar y querer. Somos únicos e irrepetibles y debemos asumir la vida en una actitud de asombro, agradecimiento y humildad. Asombro ante el increíble milagro que somos todos y cada uno. En la escuela y el liceo nos enseñaron a admirar las grandes obras de arte y de la literatura universal y nos asomaron a los portentos de la ciencia y de la tecnología. Pero no fueron capaces de sembrarnos el asombro y la admiración de la extraordinaria obra de arte, infinitamente más maravillosa que todas las genialidades de los artistas y científicos, que somos cada uno de nosotros.

En las clases de biología o ciencias naturales debimos memorizar los nombres de los músculos y huesos, las partes del ojo, el funcionamiento del aparato circulatorio o respiratorio. Pero no fueron capaces de despertar el asombro ante el increíble milagro de la existencia y de la vida, que depende de miles de sistemas muy complicados y complejos. Nuestro cuerpo, cada uno de nuestros cuerpos, sin importar sus medidas, ni si somos gordos o flacos, altos o pequeños, si tenemos la nariz torcida o recta, ancha o larga, si somos catires, morenos, de cabellos rizados o frentones o calvos, es la más extraordinaria obra maestra, una máquina maravillosa, precisa y eficiente.

La educación implica una tarea de liberación y de responsabilización. El educador tiene una irrenunciable misión de partero de la personalidad y del espíritu. Es alguien que entiende y asume la trascendencia de su misión, consciente de que no se agota con impartir conocimientos o propiciar el desarrollo de habilidades y destrezas, sino que se dirige a formar personas plenas y ciudadanos responsables y solidarios, a enseñar a vivir con autenticidad, con sentido y con proyecto, con valores definidos, con realidades, incógnitas y esperanzas.

La vocación docente reclama, por consiguiente, algo más importante que títulos, diplomas, conocimientos y técnicas. Formar personas sólo es posible desde la libertad que libera y desde el amor que crea seguridad y abre al futuro. Cuando un maestro vive su diaria tarea no como un saber, que le crea un poder, o como una función que tiene que cumplir, sino como una capacidad que le invita a un servicio, está no sólo ayudando a adquirir determinados conocimientos, destrezas y competencias, sino que está dando sentido a su misión, está educando, está ayudando a ser.

Esto presupone una madurez honda, una coherencia de vida y de palabra. Y esta coherencia es imposible sin un permanente cuestionamiento y cuidado del propio proyecto de vida. Sólo quien reconoce sus limitaciones, sus propias contradicciones, sus carencias, y las acepta como propuestas de superación, de crecimiento, es decir, de formación, será capaz de recibir amor y por ello podrá darlo. Será capaz de aprender y por ello de enseñar. El que cree que lo sabe todo, el que se refugia en sus títulos, el que se coloca con autosuficiencia frente a los compañeros y alumnos, el que piensa que no necesita de los demás, será incapaz de establecer una verdadera

relación comunicativa, será incapaz de entender la necesidad de su propia educación, será por ello, incapaz de educar.

Ninguna otra profesión tiene, a la larga, consecuencias tan importantes para el futuro del país y de la humanidad como la profesión de maestro, la sociedad debería considerar esta profesión de un modo tan especial que los mejores ciudadanos la sintieran atractiva. Por ello, resulta muy incoherente alabar en teoría la labor de los maestros y maltratarlos en la práctica. La sociedad exige mucho a los maestros y les da muy poco. Se les exige incluso que tengan éxito en asuntos como la enseñanza de valores, en los que las familias, las iglesias, el Estado y la sociedad han fracasado estrepitosamente. Conseguir un buen maestro es la mejor lotería que a uno le puede tocar en la vida. Y si bien todo el mundo desea el mejor maestro para sus hijos, muy pocos quieren que sus hijos sean maestros, lo que evidencia la contradicción que reconoce por un lado la importancia trascendental de los maestros, pero por el otro, los trata como a profesionales de segunda o tercera categoría.

Vivir es ponerse en camino para llegar a ser lo que uno decida ser; para que cada persona florezca en plenitud. Nuestra vocación es reinventarnos permanentemente y reinventar el mundo y no sólo reproducirlo. La abeja hace su colmena con la misma perfección de siempre. Su “ingenio” está en la especie, no en el individuo. Está determinada, no puede hacer las colmenas de otro modo, ni mejor, ni peor. Siempre perfectas, con una perfección monótona, sin responsabilidad, sin libertad, sin ética. Por eso, las abejas, como todos los animales, no son educables, sólo son adiestrables; no pueden elegir ser de otro modo, no tienen historia ni futuro. Pero los seres humanos nos estamos haciendo e inventando sin cesar. Somos creadores de nosotros mismos.

*Nos dieron la vida, pero no nos dieron la vida hecha...
Somos lo que somos y también lo que podemos llegar a ser.
Somos vocación de lo que todavía no somos. Somos promesa,
semilla, proyecto...*

AYUDAS PARA LA ORACIÓN PERSONAL EN EL RETIRO

1er. Momento: Se llama A LO QUE VENGO.

Al llegar al sitio escogido, me desocupo de los materiales. Y me digo a mi mismo (a): **¿A qué vengo? ¡Vengo a...** (cito el tema de la materia de oración)!

Rezo el Padrenuestro, saboreando cada palabra. Al finalizar repito la frase que más ha tenido resonancia.

2do. Momento: Se llama PACIFICACIÓN.

Ya sea sentado, paseando, acostado o reposado; tanto en casa, como en el parque o la Iglesia me sereno para que esta cita con Dios tenga lugar. Me acomodo con una posición que me ayude a concentrarme-descentrarme-centrarme, implicando todo mi ser. Al ritmo de la respiración, doy lugar al silencio. [*Una y otra vez repito este ejercicio*].

3ro. Momento: Se llama ORACIÓN PREPARATORIA. La oración preparatoria puede ser: "Señor, que todas mis intenciones, acciones y procesos interiores estén totalmente ordenados a Ti". [*Se repite varias veces*]

4to. Momento: Se llama LA HISTORIA (*Mi Camino de Educador*).

Repaso en forma breve el tránsito que yo he realizado como educador, aciertos, desaciertos, dificultades, tristezas, alegrías, esperanzas, etc. Se trata de fijar lo más destacado de mi ruta como educador.

5to. Momento: Se llama COMPOSICIÓN DEL LUGAR. (*Mi Contexto de Educador*). Revivo el lugar, las circunstancias y mi relación con las personas con las que me relaciono en mi servicio de educador. Trato de recrear el ambiente en el que me desenvuelvo como educador.

6to. Momento: Se llama PETICIÓN. La petición se hará según lo que más esté sintiendo la persona en este momento.

7mo. Momento: Se llama: CONTENIDO o MATERIA.

8vo. Momento: Se llama COLOQUIO (conversa tú a tú con Jesús)

Estoy sentado frente a frente a Jesús. Él y Yo nos estamos mirando fijamente a los ojos. Con una mirada limpia, tierna que me roba el corazón. Mirádonos y sin palabras. Dejo que Él me hable con su mirada. Sólo con su mirada. Estoy en esta conversación dando lugar al **afectozón**.

9no. Se llama: EXAMEN.

(Terminada la hora de Oración, evalúo lo vivido)

- 1ª. ¿Qué pasó en mí durante esta actividad?
- 2ª. ¿A través de cuáles señales me habló Dios?
- 3ª. ¿Qué me distrajo en la Oración?
- 4ª. ¿Qué me produjo desaliento o desconfianza en la Oración?
- 5ª. ¿Qué se quedó grabado en mí?
- 6ª. ¿Qué quiero cambiar en mi vida?



Sean Buenos Educadores³

Sean buenos. El educador y todo el que está al servicio de la formación de otros debe ser la persona de la esperanza, de la alegría, de la palabra, del silencio, de la escucha, de la amistad, de la comprensión. Pero debe, sobre todo, ser la persona del amor.

Sean buenos educadores. Buenos en su rostro, que deberá ser distendido, sereno y sonriente; buenos en su mirada, una mirada que primero sorprende y luego atrae. Una mirada que sabe cautivar, y transformar, si es preciso, la mirada esquiva de los alumnos, de los compañeros de trabajo y de quien se topen en el trajín diario de la vida. Buena, divinamente buena fue siempre la mirada de Jesús. ¿Lo recuerdan? Cuando Pedro fue alcanzado y traspasado por aquella mirada divina y humana, lloró amargamente.

Sean buenos en su forma de escuchar. Cuando alguien se siente escuchado, no sólo en sus palabras sino en sus sentimientos, haciéndole sentir que nos importa, ocurren muchos milagros. El escuchado comienza a tener una mirada de gratitud, empieza a perder su miedo, se abre al cambio, empieza a sentirse nuevamente ser humano. Si son buenos en la escucha, experimentarán una y otra vez la paciencia, el amor, la atención, y descifrarán también los signos de Dios en el mundo.

Sean buenos en sus manos. Manos que dan, que ayudan, que enjugan las lágrimas, que estrechan la mano del indefenso y del débil para infundir valor, que abrazan al adversario y le inducen al acuerdo. Manos que no titubean para socorrer a quien padece algún problema. Manos que escriben una hermosa carta a quien sufre, sobre todo si sufre por nuestra culpa. Manos que saben pedir con humildad para uno mismo y para quienes lo necesitan, que saben servir a los demás.

Sean buenos en el hablar y en el juzgar. Hablen a todos con ternura, sinceridad, respeto y verdad. Que sus palabras calen en lo profundo del corazón de las personas. Que su palabra sea siempre razonable, portadora de sentido, pero también, palabra abierta e incompleta que busca otras razones, que busca entender y entenderse.

Sean buenos en educar. Formen mentes, corazones y cuerpos para la libertad, para la justicia, para lo grande, para lo hermoso, para la paz, para la fraternidad. No se conformen con transmitir conocimientos. Alumbren personas autónomas y solidarias; cincelen corazones buenos que sepan tratarse a ellos, a los demás y al mundo, sin miedo, con ternura, con misericordia; labren voluntades firmes, sencillas y dispuestas a servir con generosidad.

Sean contemplativos en la acción. Transformen su actividad educativa en un medio de unión con Dios. Estén siempre abiertos y atentos a cualquier gesto de Dios Padre y de todos sus hijos, que son hermanos nuestros. Sean expertos en unir su oración a Dios y su servicio a las personas.

Sean muy buenos. El buen educador encuentra mil formas para llegar a tiempo allá donde la necesidad es urgente. El buen educador es audaz, ingenioso y moderno; no espera a que vengan de lo alto las disposiciones y las innovaciones; supera los obstáculos y, si es necesario, quema las viejas estructuras... Pero siempre con el amor a quienes se sirve humildemente porque los queremos apasionadamente.

³ Texto de Pedro Arrupe. Adaptado para el Retiro Espiritual: Vocación de educadores. Septiembre 2011.